

PERRUNILLAS

Hoy es 24 de diciembre. Paco y Esperanza están en su coche camino de la casa de los padres de ella. Todavía quedan tres o cuatro horas para la cena que Paco denomina de *“En este día tan señalado”*. La nombra así porque cada año en Nochebuena, cuando toda la familia está sentada a la mesa, el suegro de Paco, Adolfo, ahueca la voz como un actor de tercera y empieza un largo discurso navideño con esas mismas palabras: *“En este día tan señalado...”*. Así que hoy, la Nochebuena de 2011, hará lo mismo, de eso no cabe la menor duda.

A pesar de que todos los años repita esta perorata y que Adolfo la adorne con sus aspavientos y con ese aire suyo tan grandilocuente, el discurso de *“En este día tan señalado”* no es para Paco lo peor de las Nochebuenas. Al menos un año con otro Adolfo introduce en su alocución alguna novedad, que si un nieto nuevo, que si alguien se casa, que si un cambio de gobierno... Para Paco, lo peor de las cenas de los veinticuatro de diciembre es lo del final, lo de Plasencia.

En cambio no habrá novedad cuando lleguen a la casa, aunque todavía les falte tiempo para eso a Paco y Esperanza. Dentro de una hora más o menos, en cuando entren, nada más quitarse los abrigos, su suegro se dirigirá a él y con una sonrisa socarrona en los labios, le dirá:

-Tendrías que haber adelgazado, Paco. No vas a tener sitio para el cordero.

Esas palabras, todas ellas, las trece que componen la expresión *“Tendrías que haber adelgazado, Paco. No vas a tener sitio para el cordero”*, se las dijo Adolfo por vez primera hace veintisiete años, cuando sólo llevaba unos meses casado con Esperanza y no pesaba más que 65 kilos. Paco se rió en aquella ocasión y aunque le pareció una frase ridícula, le hizo gracia la ocurrencia, *“será una broma para romper el hielo”*, pensó. Desde aquel día, Adolfo le ha repetido ese mismo comentario con esas mismas trece palabras, las siguientes veintiséis Nochebuenas. Tanto si estaba más delgado como si no, esas trece palabras no han faltado ninguno de los 24 de diciembre de su vida de casado. Han estado siempre presentes y siempre en el mismo momento, al poco de llegar, a modo de bienvenida, en cuanto se quita el abrigo. A lo largo de sus veintisiete Nochebuenas, Paco ha respondido a este saludo de muy distintas maneras, a lo chistoso, haciéndose el despistado, con ironía, a mala leche... ¡Nada! Así que el 24 de diciembre de 1999 decidió que a partir de entonces, con el nuevo milenio, guardaría silencio. Ya no respondería nunca más a esa provocación, total ¿para qué?

En todo caso, tanto en el segundo milenio como en el tercero, mientras le escuchaba cada año las infalibles treces palabras, Paco pensaba, sorprendido de que al resto de la familia no le hiciera mella tanta repetición, *“¿es que a nadie más que a mí le revienta oír todos los años las mismas gilipolleces? ¿Es que solamente a mí le estomaga este pelmazo?”*

Los vasos los llenan miles de gotas, decenas de miles tal vez. Todas ellas parecen iguales entre sí, sin embargo una, la última, la que los colma y los hace rebosar, no es como las demás, porque esa puede provocar una catástrofe. Por eso hoy, la Nochebuena de 2011, cuando Paco le oiga decir *“Tendrías que haber adelgazado, Paco. No vas a tener sitio para el cordero”*, su gesto tal vez sea distinto al de otros años, porque Paco está decidido a que no haya más gotas de agua, su paciencia no soporta ya ni una más. Así que en esta ocasión, cuando oiga otra vez las trece palabras, sonreirá como Adolfo. Aunque quizá no, es posible que, aunque lo pareciera, no sea precisamente una sonrisa lo que se dibuje en la cara de Paco.

Pero para eso aún falta tiempo. En este momento él y Esperanza están en su coche a unos sesenta kilómetros de la casa de Adolfo. En el asiento trasero, Paco dejó al subir un paquetito alargado, envuelto en papel de seda sujeto con un cordel blanco. Es una bandejita con un kilo de perrunillas de primera calidad.

Para Paco, la chanza de las trece palabras sobre el cordero y su gordura, tampoco es, a pesar de todo, lo peor de las Nochebuenas con su suegro. Para él, lo verdaderamente insufrible es lo que llegará después de la cena o, mejor dicho, lo que llegaría después de la cena, porque Paco está decidido a que esta Nochebuena, la de 2011, Adolfo, por vez primera, no cuente la anécdota de su mili en Plasencia. No soportaría escuchar una vez más que el 24 de diciembre de 1948, el sargento Díaz encargó a Adolfo que arreglara la tubería del lavabo de su casa. *“Entonces los sargentos mandaban”*, dice siempre su suegro. Y como era el día de Nochebuena, una vez acabado el trabajo, la esposa del sargento Díaz le preguntó que si le apetecería comer algún dulce, alguna perrunilla. *“Un par de docenas de me comería si pudiese”* le contestó el entonces joven Adolfo. En ese momento el sargento Díaz, *“un cachondo donde los haya, le dijo, ¿a que no tienes cojones? Si te comes las dos docenas de perrunillas te las pago, pero si no puedes con todas, tú te las arreglas”*. *“¿Y qué iba a hacer yo, con el hambre que tenía? Así que le dije que si estaban tostaditas, trato hecho”*, añade siempre Adolfo. Y luego seguirá y seguirá y seguirá...

La anécdota de la mili, la anécdota del sargento Díaz, su esposa y el lavabo de Plasencia, la anécdota con mayúsculas. Su suegro la cuenta cada Nochebuena, a los postres, justamente cuando se ponen en la mesa las bandejas con el turrón, los polvorones y las peladillas. En 1995 Paco cronometró por vez primera el tiempo que empleó Adolfo en referir los sucesos que le acontecieron la tarde del 24 de diciembre de 1948, en la casa del sargento Díaz en Plasencia. Tardó treinta y tres minutos y 43 segundos. E inexorablemente desde entonces, cada año, ha vuelto a tomarle el tiempo hasta 2010. Con una precisión diabólica, siempre se ha movido en una horquilla de quince segundos arriba o abajo. Exasperante ¡Más de media hora contando exactamente lo mismo después de veintisiete años! Aunque, para ser más precisos, habría que señalar que a partir de 1993 cambió la expresión “chusco

de pan” por “cuscurro de pan” y que desde 2004 ya no dice “pelarse de frío” sino “helarse de frío”. Por lo demás, hasta hace las pausas y se ríe exactamente en los mismos pasajes, aquí un “Ja”, allí tres “Jas”, más allá una carcajada larga, luego una más corta... Muchas gotas idénticas a la última llenan los vasos antes de que se desborden. Pero la última, una que parece tan inocente como las demás, no es ni mucho menos igual que las anteriores.

-Esperanza, cariño –dice Paco en el coche, todavía a sesenta kilómetros de la casa de Adolfo–, yo le aguanto lo de Plasencia desde 1983, pero ¿cómo has podido soportarlo tú desde que eras una niña? –Añade mirando a los ojos de su mujer, a la que aún quiere igual que el primer día.

-¡Bah! El pobre disfruta tanto –le contesta Esperanza sin darse cuenta del leve cambio de tono que ha empleado Paco y sin haber preguntado en ningún momento por la bandejita de perronillas del asiento trasero–. Además –añade más tarde–, nos vemos muy pocas veces y sólo hay una Nochebuena al año, así que, ¡qué le vas a hacer...!.

-Que ¿qué le voy a hacer? Ya verás –pensó Paco para sí.

¿Cuándo cayó la gota que colmó la paciencia de Paco? La Nochebuena anterior, la de 2010 ¿Y qué pasó ese 24 de diciembre en particular? Nada nuevo, lo de siempre. La de ese día fue una gota que no tuvo nada de especial, fue una como tantas otras, sólo que esa precisamente desbordó el vaso.

Del kilo de perronillas del asiento trasero sólo una estaba tostada, el resto eran muy claritas, pálidas incluso, “crudas”, diría Adolfo. Esa misma, la única doradita, sería la que, cuando Paco abriera el paquete, le ofrecería a Adolfo: *“Ande suegro, que he tenido al dependiente buscando un buen rato y sólo ha encontrado una a su gusto. Ya ve, los pasteleros de ahora ya no saben ni cocer perrunillas.”*

Y luego... la desgracia.

¿Pero qué le habrá ocurrido? Dirán todos los de la familia de Paco y Esperanza, los mismos que se quedarán en 2011 sin oír la anécdota de la mili en Plasencia.

Si es que estamos con un pie aquí y otro allí, susurrará el médico que cierre los párpados de Adolfo. Y es que en este día tan señalado se come tanto... Las personas mayores tal vez no deberían tomar cordero a esas horas, tan tarde, porque ya lo dice el refrán, de grandes cenas están las sepulturas llenas.

-Al menos –piensa Paco en su coche a sesenta kilómetros escasos de la casa de su suegro– lo último que comerá Adolfo antes de abandonar este mundo será una perrunilla tostadita, igual de sabrosa que las dos docenas que se comió en la casa del sargento Díaz.

¿Igual? Seguramente no, porque, según parece, ni siquiera son iguales todas las gotas que llenan un vaso de agua.

José Sainz de la Maza. Diciembre 2011